

posible el esplendor cultural y docente, pero también como ejemplo para la juventud, de sufrimiento heroico, de abnegación, de trabajo por la Patria. En el plinto donde descansa el caballo, otra inscripción latina abreviada subraya el acontecimiento:

IMAGINEM AERE EXPRESSAM NATIONALIS EDUCATIONIS MINISTER
IOSEPHVS IBANEZ MARTIN CLARISSIMI DVVIS FRANCO ERIGENDAM
INSTITVIT, GYMNASIVM «RAMIRO DE MAEZTU» DICAVIT.
ANNO MCMXXXII.

(El Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, mandó hacer la estatua en bronce del esclarecido Caudillo Franco y la dedicó al Instituto «Ramiro de Maeztu» en el año 1942.)

La fundición es perfecta. El bronce, con ligera pátina de oro viejo, da a la efigie un tono singular de prestancia y magnificencia.

EN TORNO A LA FIGURA DEL PADRE MANJON

Bajaba un día —lleno de sol andaluz como ánima que animase el paisaje— el buen sacerdote Andrés Manjón desde

el Sacro Monte a la Universidad granadina, en donde a la sazón era Profesor, caballero en su pollina, por entre chumberas y pencas que crecen a los lados del camino que, serpenteando por el Valle del Paraíso, paralelo al curso del Darro, une el Sacro Monte con la ciudad, cuando, de pronto, oyó un sonsonete monorrítmico, machacón y desafinado, que le hizo parar en seco. Descabalgó el buen sacerdote y, guiado por las voces, llegó hasta una cueva y vio a un grupo de gitanillos desarrapados, sucios y greñudos, recitar, en torno a la vieja *Migas*, las primeras letras que aquélla les enseñaba.

Contempló con lástima el cuadro Andrés Manjón y, tras meditar un momento, rehizo de nuevo su camino, camino de la Universidad. Dentro, en su corazón, crepitaba un amor, y en su mente bullían unas ideas... ¿Cómo dió su lección aquel día el sacerdote castellano, trasplantado a las tierras del Genil que lame piedras de Alhambra...?

En un pueblecito burgalés —Sargente de Lora—, al sur del Ebro, nació Andrés Manjón en un humilde hogar. Pudo seguir los estudios eclesiásticos merced a la protección de un tío suyo, sacerdote. Mas llegado el momento de recibir las sagradas Ordenes, se negó a tomarlas, porque su modestia le llevaba a considerarse indigno de ellas; y sólo celebró la Primera Misa, muy cerca de los cuarenta años, en su pueblo natal y ante sus deudos, tras haber ganado un canonicato en la secular abadía granadina del Sacro Monte.

Va de Burgos a Valladolid Andrés Manjón, donde curso la licenciatura de Derecho. Doctórase, y llevado de su gran amor a la Enseñanza, obtiene una Auxiliaría en la Universidad salmantina. Tras reñidas oposiciones, consigue obtener la Cátedra de Derecho canónico en Santiago, desde donde se traslada a la de Granada, para ser, durante más de cuarenta años, una de sus más potentes luminarias.

Escribió el Padre Manjón un «Tratado de Derecho eclesiástico» y tradujo, además, el «Juris ecclesiastici publici institutiones», original del Cardenal Tarquini. Pero todo —con ser mucho— queda eclipsado frente a su obra pedagógica, verdaderamente genial y revolucionaria, que convirtió la Escuela —lugar de suplicio odiado por el niño— en algo amable, atractivo y dulce, y *sacó a la calle* las aulas, formando así la primera colonia escolar permanente del Mundo. Rompió, en fin, los viejos moldes rutinarios para, en otros más amplios, ir fundiendo las inteligencias y las almas infantiles.

Ya en Granada el sabio clérigo, enmarcado su quehacer en la vieja abadía sacromontana —edificio de grandes proporciones, al que las hileras uniformadas de ventanas dan aspecto de cárcel o cuartel—, cada día bajaba a la Universidad a explicar su Cátedra, y siempre los ojos todo amor del sacerdote burgalés, miraban a los gitanillos que en las cuevas vivían. Tras aquel día en que vió a *Migas* explicar las primeras letras a un grupo de desarrapados, pensó en crear algo nuevo, acorde con su manera de ser y afín con lo que sería un sistema pedagógico que poco a poco le iba surgiendo en el alma.

Adquirió, para ello, un carmen; después, otro; otro más tarde, y así fueron surgiendo las primeras Escuelas del Ave María en las riberas del río que arrastra oro. Y a este grupo matriz, siguieron otros en los barrios más apartados de la ciudad, como eslabones de una cadena que aherrojasen al analfabetismo; y tal obsesión llegó a ser para don Andrés sus Escuelas que, habiendo abierto Granada una suscripción para costearle las insignas de la Gran Cruz de Alfonso XII, que le había sido concedida, al recibir el dinero no se le ocurrió otra cosa mejor que invertirlo en una Escuela.

Complemento de la labor manjoniana que representa las Escuelas del Ave María, fué un Seminario para Maestros, que también fundó para disponer siempre de un vivero de hombres especializados en sus métodos. ¡Cuántos gitanillos arrancó don Andrés de la fragua del chalaneo o del vagabundaje para hacerlos Maestros!

Y hoy las Escuelas del Ave María no sólo han sobrevivido a su fundador sino que se acrecentaron con su muerte —al año próximo hace veinte— aun en la propia Granada donde otro sacerdote, don Pedro Manjón, fundó un grupo avemariano en las alturas de San Cristóbal y otro en la carretera de Sierra Nevada. Pero lo más interesante es ver cómo a las Escuelas, que nacieron de una cueva, les han sido estrechas las fronteras de una Nación, para irse por el Mundo entero.

¡Y es que España necesita siempre horizontes mundiales para sus grandezas!

ENRIQUE-ANTONIO DEL CORRAL